

verdadero fiel; y no quiere que se diga que se ha desviado de las doctrinas del cristianismo. V. que no tiene interés en ver las cosas al revés de lo que son, no podrá concebir como un hombre grave se atreve á consignar en sus obras semejantes palabras, despues de haber manifestado en escritos anteriores cuál era su modo de pensar sobre las verdades á que rinde en el citado pasaje tan humilde acatamiento. Esta extrañeza se le desvanecerá á V. algun tanto, cuando sepa que M. Cousin no admite, como él dice, *la tiranía del principio absoluto de que jamás es lícito engañar*, y que en su opinion hay engaños *inocentes*, los hay *útiles y hasta obligatorios*. (Traducción de Platon, t. 4, pág. 276-277.) Quien de tal modo niega á Dios su naturaleza, y al hombre su libre albedrío, no es mucho que no escrupulice en legitimar la mentira; lo singular es que él se haya podido hacer la ilusion de que semejante engaño en lo tocante á sus doctrinas, habia de alucinar á nadie. Es tan vivo el contraste, ó mejor diremos la contradiccion entre unos y otros pasajes, que para no verla seria preciso cerrar los ojos á lo que es mas claro que la luz del dia.

Con esta breve reseña habrá formado V. concepto de lo que son esos sistemas filosóficos, en los cuales suponía V. tendencias espiritualistas muy sanas, y hasta muy conformes con la enseñanza del cristianismo. Así habrá podido rectificar, ó mejor diré, variar la opinion que habia formado sobre el clero católico de Francia, imaginándose que sus clamores contra el veneno de alguno de los jefes de la Universidad, eran declamaciones fanáticas, nacidas únicamente del espíritu de intolerancia, y del empeño de encerrar el entendimiento humano en los límites prescritos por el antojo de los eclesiásticos. Ahora para en adelante me tomaré la libertad de advertirle á V., que cuando lea en alguna de nuestras publicaciones científicas y literarias fallos magistrales sobre este linaje de materias, no se deje V. sorprender fácilmente por el tono de seguridad con que se expresa el escritor; que las mas veces léjos de enterarse á fondo del estado de la cuestion, no hace mas que

traducir al pié de la letra las palabras de algun periódico de allende los Pirineos. Y como quiera que los que mas en boga andan en ciertas regiones no son los mas adictos á las doctrinas católicas, acontece que el fallo emitido con aire de imparcialidad y de pleno conocimiento de causa, es copia literal de una de las partes, sin que el escritor español se haya tomado la pena de escuchar los descargos que hubiera alegado la otra. Pero basta de la filosofía de Schelling, Hegel y Cousin, pues que si mucho no me engaño, debe de estar V. medianamente fatigado con la *sustancia universal y las trasformaciones, y los fenómenos, y el ser único que se revela á si mismo en la conciencia humana* y semejantes abstracciones que campean allá en la alta concepcion de esos filósofos que se levantan á inmensa altura sobre el resto de la humanidad, olvidándose en su atrevido vuelo de llevar consigo las nociones del sentido comun. Nosotros que á tanto no alcanzamos, cuidaremos de no desviarnos hasta tal punto de los senderos trazados por una razon juiciosa; sin que nos importe mucho el que se nos diga que recibimos la inspiracion de *musa pedestre*. Entre tanto vea V. en qué puede complacerle este su atento servidor Q. B. S. M. — J. B.

BARCELONA.

ARTÍCULO 2.º

LA CUESTION DEL DERRIBO DE MURALLAS Y FORTALEZAS, EXAMINADA BAJO EL PUNTO DE VISTA MILITAR Y POLÍTICO.

¿Conviénele á Barcelona continuar cercada de sus murallas y dominada por los fuertes? Bajo el aspecto político y económico, aconseja la prudencia que se destruyan aque-

llas y estos. Considerando á Barcelona , no por lo que es en sí, sino como una de las principales ciudades de la monarquía, ¿ un derribo semejante acarrearía daños á la nacion ó le produciría ventajas? Hé aquí unas cuestiones de la mayor gravedad y cuya resolucion no es tan fácil como á primera vista pudiera parecer.

Sea cual fuere la opinion que sobre dichos extremos se adopte, no puede negarse que militan por ambos lados razones de peso, de manera que no deberán ser tachados de imprudentes y ligeros, ni los que opinen por la conveniencia de la continuacion del estado presente, ni los que sostengan lo contrario. Y cuando esto decimos dejamos aparte lo relativo á un ensanche parcial, que se logra derribando un lienzo de las murallas para construirle luego á mayor distancia; porque si bien se mira semejante mudanza no altera el fondo de las cosas; pues que por ella no dejaría Barcelona de ser una plaza de armas, y por consiguiente de estar sometida á todas las eventualidades que consigo trae esta circunstancia.

Para alcanzar la verdad en esta materia hagamos la siguiente suposicion. Demos que sobreviene una invasion extranjera, y veamos lo que acontece ó acontecerá probablemente, segun sea Barcelona plaza de armas ó ciudad abierta. Por de pronto, nuestro ejército tendrá en la capital un excelente punto de apoyo, buenos hospitales, ricos almacenes, arsenal, depósito para quintos y prisioneros, recursos de todas clases para abastecer las tropas así en artículos de guerra y boca, como en prendas de vestuario y en útiles para todo linaje de maniobras. Si las armas españolas son inferiores á las extranjeras, de modo que no puedan hacerlas frente en campo raso, apoyadas sobre la capital serán quizás bastantes á imponerle respeto; dando el tiempo necesario para que el Gobierno de la nacion despliegue su actividad y envíe los socorros necesarios á fin de que las fuerzas enemigas no queden dueñas de la mas bella parte del litoral del Principado. Si alguna de nuestras divisiones sufre un descalabro en el Panadés, en

el Vallés ó en la marina, podrán los restos encerrarse en Barcelona, rehacerse del desastre, reorganizarse y reclutarse de nuevo, y salir otra vez al campo á vengar el recibido ultraje.

Si la guerra se hace tambien en el mar; si nuestra armada salida de la postracion en que yace, puede luchar con la enemiga, si no con superioridad, á lo menos sin mucha desventaja, las aguas de Barcelona defendidas por Monjaich, y teniendo á sus espaldas las Atarazanas, la Ciudadela y una ciudad populosa circuida de robustas murallas, podrán ser la base de las maniobras de nuestros almirantes, y un refugio en los reveses de la guerra y en los desastres ocasionados por el furor de los elementos. Las naves que hayan sufrido averías podrán reponerse de ellas con toda seguridad; los marinos y soldados enfermos serán acogidos en los hospitales; las provisiones que se necesiten, se hallarán en abundancia en los almacenes de la capital; en una palabra, el provecho que de Barcelona podrán sacar nuestras escuadras será incalculable tanto si suponemos adversa como próspera la fortuna.

Además, conservándose en favor del Gobierno la capital del Principado, todo lo que se encuentre amenazado en un punto cualquiera de este, sean personas, sean preciosidades ó efectos de alguna importancia, podrá trasladarse á ella, y contar allí con un refugio seguro. De esta manera se formará naturalmente un núcleo compuesto de lo mas granado que haya en Cataluña, en inteligencia y riqueza, se acumularán en la ciudad los tesoros y los géneros de todas clases, resultando de esto que en los apuros que ofrecerse puedan habrá recursos abundantes para acudir á todas las necesidades, y hombres de suficiente capacidad para emplearlos y dirigirlos en provecho de la patria.

Sean cuales fueren los triunfos que alcance en este ó en aquel punto el ejército invasor, todas las miradas se dirigirán á Barcelona, que se conserva todavía, que encierra en sus muros una guarnicion numerosa, que tiene en sus alrededores divisiones respetables, que es el centro de

muchos movimientos que se extienden á largas horas de distancia , y que por consiguiente será capaz ella sola de reparar todas las pérdidas , por poco que la fortuna sonria á los generales españoles , por poco que el Gobierno de la nacion cuide de auxiliar á Cataluña enviando algunos refuerzos para que las operaciones puedan emprenderse en mayor escala y conducirse con mas brio y osadía.

No puede negarse que estas razones son de algun peso , y que serian convincentes , si en contra no militaran otras , que si no las destruyen al menos las neutralizan. En efecto , podrá muy bien suceder que por una traicion caiga desde un principio la importante ciudad en manos del enemigo ; suposicion nada gratuita , porque desgraciadamente tenemos de ella una experiencia bien reciente. Siendo Barcelona plaza fuerte , el enemigo tomará todas las precauciones imaginables para asegurar su conservacion , y entonces tenemos el reverso de la medalla ; las ventajas que antes nos favorecian á nosotros le favorecen á él. Ya no es dable esperar la terminacion de la guerra por medio de un golpe de mano ; ya no es posible conseguir que desaparezca de repente de nuestro suelo el enemigo con ningun triunfo por cabal y decisivo que sea ; siempre le queda una plaza importante donde guarecerse ; los restos de sus divisiones podrán encerrarse en la gran ciudad , y allí reorganizarse de nuevo ó esperar que les vengan auxilios por mar ó por tierra. Las tropas españolas se presentarán en el llano de Barcelona , el paisanaje les proporcionará toda clase de recursos , y se ofrecerá á pelear á su lado para coger el último fruto de la victoria : pero ¿ de qué sirven el valor y el entusiasmo de los soldados y de los paisanos , á la vista de las altísimas murallas en que está encerrado el enemigo , defendido por cien bocas de fuego y apoyado por la Ciudadela y Monjuich , que siembran á largo trecho el espanto y la muerte ? Si Barcelona no fuera entonces una plaza de armas , si solo estuviese resguardada por débil tapia , si anchurosos paseos , espaciosas calles , dilatados jardines franqueasen mil puertas para penetrar

en la ciudad , las tropas vencedoras en el campo de batalla acometerian á las vencidas , forzarian sus trincheras , se introducirian por las calles , y con la ayuda de los paisanos recién venidos y de los habitantes , obligarian á capitular al ejército enemigo , y decidieran quizás de la suerte de la guerra.

Estando Barcelona tal como lo acabamos de suponer , es cierto que un descalabro de un cuerpo de operaciones español podria entregarla desde luego á manos del enemigo ; pero entonces ¿ qué resultaria ? Solo podria conservarla mientras tuviese la superioridad en el campo ; porque en llegando á perder esta , forzoso le seria abandonar una posicion tan poco segura. Jamás para él seria prudente el permanecer en una ciudad abierta y enemiga , no teniendo muchas fuerzas para sojuzgarla , y resistir al propio tiempo á las divisiones españolas que pudiesen presentarse en el llano ; resultando de esto , que no le seria dable aprovecharse por largo tiempo de los recursos de la capital no teniendo estacionado en ella un cuerpo respetable. Muy al contrario nuestras tropas sacarian de la ciudad todos los recursos que quisiesen en el momento de alejarse el enemigo de sus inmediaciones ; y hasta suponiéndole posesionado de ella ¿ no fuera imposible impedir que el celo de los paisanos no burlase con ingeniosos ardidés la vigilancia de los centinelas ? Recuérdese lo que ha sucedido en las guerras anteriores á pesar de estar ceñida la ciudad por altísimas murallas , y se inferirá lo que sucederia , suponiéndola abierta por todos lados , ó cuando mas rodeada por tapias bajas y endebles.

Siendo Barcelona ciudad abierta , el mayor daño que puede suceder caso de una invasion extranjera , es el apoderarse de ella el enemigo ; y esto , si bien se considera , atendidas las costumbres actuales y el carácter de las guerras , es de bien poca importancia. Una ciudad populosa puede ser ocupada por un ejército enemigo sin sufrir mas daño del que experimentaria si entrase en ella uno del país ; porque sabido es que han caido en desuso aquellas veja-

ciones y atropellamientos que tan comunes eran en otros siglos. Los ejércitos observan estricta disciplina, no viven sobre la tierra invadida, sino que llevando consigo la correspondiente administracion cuentan con los fondos necesarios para proporcionarse los recursos que hayan menester. Es verdad que esta regla tendrá sus excepciones; pero estas no pasarán mas allá de un préstamo forzoso mas ó menos crecido, de cierta cantidad de raciones, de suministros de varias clases; cargas todas de que ciertamente no se eximiera la poblacion, si en vez del ejército enemigo tuviera dentro de sus muros el de su Gobierno. Los edificios, los capitales de todos géneros, las personas, todo es escrupulosamente respetado cuando el enemigo entra en una poblacion que no le ha hecho resistencia; resistencia que cuasi nunca se verifica cuando la ciudad no es plaza de armas y encierra en su seno crecido número de habitantes y cuantiosos intereses.

Muy al contrario sucede si la poblacion es una plaza fuerte de alguna importancia. Amigos y enemigos tienen fijadas en ella las miradas, para conquistarla si no la poseen, y defenderla si la ocupan. Una vigilancia suspicaz, una dominacion puramente militar, continuos sobresaltos, vejaciones de todas clases, son las consecuencias necesarias de semejante situacion; resultando que la industria se paraliza, que el comercio desfallece, las familias acomodadas se retiran, los capitales se esconden, la miseria cunde, y lo que poco antes era un florido verjel se convierte en un campo de desolacion y de luto. Y ¿qué diremos cuando llega el caso de un bloqueo ó de un sitio, de un ataque decidido ó de un bombardeo? ¿quién es capaz de calcular los daños que se acarrearán en tales ocasiones á una ciudad industrial y mercantil? Ya sea que los que ocupan la plaza sean amigos ó enemigos, las calamidades públicas son grandes; y aun cuando no lleguen los horrores de la guerra á la última extremidad, siempre sobrevienen los males que acabamos de describir. Pero ¿cuál es la ciudad fuerte de alguna importancia, que se preserve de tamaños desas-

tres, por poco que se prolongue la lucha? Y entonces ¿qué ventajas contrapesan los inconvenientes de las fábricas destruidas, de los géneros malbaratados, de la ruina de innumerables familias? Mirada la cosa bajo el punto de vista de la humanidad y aun del interés nacional, ¿cuáles son las ventajas militares bastantes á indemnizar perjuicios de tanta monta?

Atendida la posicion de Barcelona, conservándose plaza fuerte, es imposible que desde el principio de una guerra extranjera no fuese el blanco de las dos partes beligerantes. Y una ciudad de ciento sesenta mil almas, ¿cómo sufre, no diremos un sitio, pero ni un bloqueo de algunos dias? Es bien seguro que á la primera noticia de la aproximacion del ejército que se propusiera atacarla, veriamos repetida la triste escena que hemos presenciado en los disturbios y desastres de los últimos tiempos. La inmensa mayoría de la poblacion desparramada por los alrededores, sufriendo los ricos perjuicios considerables, consumiendo la clase media su modesta fortuna, y el pobre padeciendo las privaciones mas crueles.

Bien ponderadas las razones que preceden, dificilmente se inclina la balanza en favor de la opinion que defiende la utilidad de las fortificaciones para el caso de una guerra extranjera. Antes de pasar al exámen de otros puntos, someteremos á la consideracion de los inteligentes el siguiente dilema. En la suposicion expresada, ó nuestro ejército se mantendrá en superioridad sobre el del enemigo ó nó: si lo primero, conservará Barcelona, aun cuando no sea plaza de armas: si lo segundo, es preciso exponer la capital á todos los males de un bloqueo y á todos los peligros y desastres de un sitio; y esto segundo es tan duro tratándose de una poblacion tan numerosa y tan industrial y mercantil, que con dificultad se nos hará creer que el resignarse á ello sea ni político, ni humano.

Veamos ahora qué aspecto presenta la cuestion de las fortificaciones, considerándola con relacion al mantenimiento del órden, único objeto razonable que pueden te-

ner, si se supone que no son útiles para el caso de una guerra extranjera.

Desde luego salta á la vista que no entra para nada en la discusion presente todo lo relativo á las murallas, porque es bien seguro que en caso de estallar una insurreccion, ó se la sofoca al instante, ó bien queda dueña del recinto de la ciudad. Es imposible que se sostengan en sus puestos las tropas distribuidas en pequeños grupos en los cuerpos de guardia, que pueden ser hostilizados por el paisanaje desde las bocas calles y los edificios inmediatos. Si esto no lo indicara la simple vista del lugar, bastaria á dejarlo fuera de duda lo acontecido en todas las insurrecciones. Cuando la tropa no ha podido prevalecer en el centro de la poblacion ha tenido que abandonarla toda, retirándose á los fuertes, y recogiendo, si posible le ha sido, las partidas que ocupaban la muralla. Desde esta nada pueden hacer las tropas durante la refriega en lo interior; ya por ser en escaso número, ya tambien porque sus fuegos no pueden ofender á los que maniobran en el corazon de la ciudad.

Queda pues la cuestion reducida á si conviene ó no conservar algunos fuertes que dominen la poblacion. Cuestion grave, delicada, sumamente espinosa que el Gobierno debiera meditar mucho antes de resolverla, pero que tal vez venga un dia en que sea preciso ventilarla detenidamente. La gran ventaja que resulta al Gobierno de la existencia de los fuertes es que los revoltosos no pueden prometerse un triunfo decisivo, aun cuando por un fatal conjunto de circunstancias logren desalojar de la ciudad á las tropas. Porque en tal caso estas se replegan sobre Atarazanas, la Ciudadela y Monjuich; se rehacen del descalabro que hayan sufrido; se reponen del espanto que les infundiera el alzamiento popular; se mantienen en acecho para aprovecharse de una coyuntura favorable, y sobre todo tienen á la mano el terrible recurso de sembrar la confusion y el desorden amenazando con el bombardeo. A esta prueba no puede resistir una ciudad populosa como Barcelona; quien

sea dueño de los fuertes ó la precisará á transigir, ó forzará á la mayoría de los habitantes á la fuga, dejando á la poblacion abandonada á un puñado de revoltosos.

Esta ventaja es grande sin duda; mas al lado de ella se presentan gravisimos inconvenientes. La causa del orden puede apoyarse en los fuertes; pero ¿quién nos ha dicho que estos mismos fuertes no puedan ser un dia el apoyo de la revolucion? No siempre se encontrarán al frente de la provincia y de la ciudad jefes leales, entendidos y celosos; puede muy bien suceder que nos quepa alguna vez un general negligente ó traidor; y entonces si estalla una insurreccion militar, y en la Ciudadela ó en Monjuich se levanta la bandera de rebelion pueden resultar para Barcelona y aun para toda la España los mas graves compromisos.

Antes que al general Van-halen se le ocurriera el bombardear una ciudad de ciento sesenta mil almas, á fin de que cundiendo en ella el espanto y el desorden se viesen obligados los que la guarnecian á someterse á las exigencias del dueño del fuerte, esta idea era tan atroz que jamás les vino á la mente á los moradores de la capital del Principado el que pudiesen verse sometidos á tan dura prueba; y hasta creemos que cuantos ocuparan posicion tan ventajosa y dominante, debian de desechar como pensamiento diabólico el aprovecharse de ella de un modo tan inhumano. Pero desde que se ha visto el efecto que produce medida tan cruel, y cuán fácilmente se obtiene el despoblar la ciudad haciendo entrar en capitulaciones á los que permanecen en ella, natural es que á todos los malvados, á todos los hombres de corazon duro como lo son los traidores, se les ofrezca desde luego el bombardeo como medio el mas expedito para obligar á la ciudad á que se someta á lo que de la misma se exige.

Ahora bien: nadie podrá negarnos que en los agitados tiempos que estamos atravesando, en medio de tantos vaitenes y trastornos como afligen á este desgraciado país, en vista de tanto espiritu de insubordinacion, de tantas